



1

Charlie

¿Dónde rayos estás? Mike está furioso.
Por cierto, tú eres su objetivo.

Gracias, Stevie.

Guardo de nuevo el teléfono en mi bolso y cruzo las puertas de cristal de Dunley Tech, envuelta en el inconfundible perfume del metro de Londres.

Jackie, nuestra querida recepcionista, alza la vista de la *influencer* de turno de Instagram a la que intenta imitar esta semana. Lleva tanto maquillaje en la cara que parece un pastel decorado.

—Buenos días —saludo con cortesía.

—Guau. —Arrastra los ojos fuera de la pantalla—. Tu piel parece muy...

Alzo las cejas, esperando.

—Gris. —Frunce el ceño—. ¿Bebiste anoche?

—Gracias, Jackie —respondo mientras busco en mi bolso el pase de seguridad—. Es casi tan amable como cuando me preguntaste si me había lavado el pelo con suavizante. Estuve despierta hasta las tres de la mañana resolviendo el problema del servidor.

—Fascinante. —Vuelve a Instagram—. Han empezado sin ti. Mike está furioso. Dice que más te vale que el retraso sea porque estás enferma o muerta.

Mierda.

Miro mi reloj. Ya son las 10:20.

Mike Chambers es nuestro jefe de IT y lo ha sido desde que la empresa arrancó hace una década. Un dinosaurio de oficina. Odia el cambio y cualquier idea que no salga de él. Grasiento, cerrado de mente y con urgente necesidad de un buen polvo. Estamos convencidos de que es un virgen de cincuenta años.

Me preparo y abro las puertas de la sala de juntas. Es nuestra reunión semanal, donde soportamos la arrogancia de Mike con una presentación de fondo. Durante una hora, protesta y patalea mientras el resto de nosotros espera con impaciencia que su espectáculo soberbio termine.

Todos han escogido estratégicamente asientos lejos de Mike. Voy al único disponible junto a él.

—Lo siento, Mike, me he retrasado esta mañana.

Inclina el torso hacia delante y susurra directamente en mi cara. Si se acerca más, me van a entrar náuseas.

—Ya me he dado cuenta. Estamos hablando de por qué la sucursal de India estuvo desconectada anoche durante dos horas y media. Treinta miembros del personal fueron incapaces de hacer su trabajo. ¡No escribieron ni una línea de código!

—Entiendo tu frustración, Mike... —empiezo.

—Me importa una mierda, Charlie. —Golpea la mesa con el puño; todos se sobresaltan—. ¿Puedes explicar lo que ha pasado? ¿Puedes explicarle a la junta por qué nuestro lanzamiento de *software* más importante no saldrá a tiempo? —Señala mi cara con un dedo mientras se inclina sobre la mesa—. ¿Puedes explicar qué demonios salió mal?

Inhalo hondo y me contengo para no soltarle un torrente de insultos.

—Fue otra vez un fallo en el servidor. En cuanto se identificó el problema, abrí un caso de severidad uno. Fue lo más rápido que pudieron hacerlo.

—¿Lo más rápido? —resopla—. No digas tonterías. ¿Quién la ha cagado aquí? NECESITO RESPUESTAS.

Con cada palabra, clava el dedo en la mesa. Le gusta usar los dedos para generar un efecto; sospechamos que lo leyó en *Liderazgo para tontos* o en el libro *Controla a tus empleados*.

—Por contrato, pueden tardar hasta veinticuatro horas en ocuparse de este tipo de problemas. Esos son nuestros SLA.

Parpadea, furioso.

—¿Cómo te asegurarás de que no vuelva a pasar?

—No puedo —respondo, con los dientes apretados—. A menos que me permitas que nos mudemos a la nube, nunca tendremos la resiliencia que quieres.

—¡Mentira! —gruñe—. ¡No vamos a crear una maldita nube, Charlie!

Abro y cierro la boca. Yo diseñé los diagramas básicos de Mike, pero él no los entendió.

—No creamos la nube —digo despacio—. Amazon ya lo ha hecho.

Mike es el jefe de IT, pero no entiende de IT. Cree que el *software* y el *hardware* de una empresa deberían funcionar tocando un gran botón verde que diga INICIO. No entiende por qué el botón a veces deja de funcionar, y por eso se enfada.

Se enfada mucho.

Si encontraban un *bug* en el sistema operativo: era culpa mía. Si el *software* de pagos tenía errores en su última versión, otra vez, culpa mía. Que a su impresora se le acabara el papel, culpa mía; que su compañero le enviara un correo con un virus adjunto, culpa mía; y que los cortafuegos de la empresa bloquearan sus sitios porno también era culpa mía.

Ese último sí era culpa mía.

Ninguno de nosotros tomaba a Mike en serio, pero debíamos seguirle el juego.

Después de cinco años de dedicación y mucho trabajo, había logrado ascender y convertirme en subgerente.

Busco apoyo con la mirada alrededor de la mesa. Dana se encoge de hombros. Tim se rasca la nariz con sutileza, fingiendo limpiarse la mejilla. Los demás miran sus teléfonos o por la ventana.

Observo a Stevie. Me hace el gesto de una mamada empujándose la mejilla con la lengua.

Vete a la mierda, digo sin emitir sonido, moviendo la boca. Vaya camaradería que hay en esta oficina.

—¿Podemos hablar de la venta, Mike? —intercede Tim, interrumpiendo nuestro enfrentamiento.

Todos prestan atención, interesados.

Mike se mueve en su asiento e inhala como si Tim hubiera dicho una palabrota.

—¿Aún no nos dirán quién comprará la empresa? —prosigue Tim—. He oído que es uno de los gigantes tecnológicos.

Los ojos de Mike recorren la sala. Está nervioso.

—No creo que veamos grandes cambios.

Traducción: No tengo la menor idea.

—¿Nuestro sueldo será el mismo?

—¿Conservaremos nuestros puestos?

—¿Seguiremos teniendo el descuento en el café Costa?

—¿Habrá recortes de personal?

Recortes. *Mierda*.

No he prestado atención a la venta de la empresa en las últimas semanas. Tendré que averiguar lo que él sabe a través de Stevie.

Mike alza una mano para hacernos callar.

—Son negocios como siempre, hasta donde sabemos. Nada cambiará.

Hay un par de murmullos.

—El comunicado saldrá en uno o dos días —añade con firmeza.

Comunicado. Odio esa palabra. Comunicado, visión, estrategia, visión estratégica... Todas palabras que hacen que a Mike se le relajan los labios. Que «saldrá un comunicado» es lo que dice cuando no tiene ni idea de lo que está pasando.

Nuestra lluvia de preguntas queda interrumpida por un golpe en la puerta.

—Disculpa, Mike. —Jackie sonríe con falsa dulzura—. Tengo un mensaje importante para Charlie. —Está preciosa, pero es porque utiliza la recepción como salón de belleza.

Mike asiente, invitándola con la mirada a continuar.

—Es tu hermana. Dice que es una emergencia.

Dios. El estómago me da un vuelco.

Es serio.

Alguien ha muerto.

Papá ha muerto.

Han llamado desde Irlanda para avisar de que ha sufrido un infarto... ¿O por fin ha muerto por exceso de alcohol?

No, mamá ha muerto. Alguien la ha embestido mientras conducía demasiado despacio.

Han muerto los dos.

—Está bien. —Mike sacude una mano para indicarme que me vaya.

Temblando, me pongo en pie. Sé fuerte, Charlie. Debes ser fuerte por Callie.

Aunque ¿por qué se entera Callie antes que yo? El hermano mayor debería ser quien da las malas noticias. ¿Por qué no llama Tristan? ¿Le ha pasado algo a Tristan?

Sigo a Jackie hasta la recepción mientras alcanzo mi teléfono. Veo diez llamadas perdidas de Callie. ¡Mierda!

—¿Dijo de quién se trataba? ¿Es papá? —pregunto con voz aguda. Ella se encoge de hombros.

—No es mi trabajo preguntar.

Perra.

Sujeto el teléfono.

—¿Callie? —balbuceo—. ¿Qué pasa?

—¡Charlie! —grita por encima del tráfico. Suena como si estuviera en una calle atestada.

Tengo razón; mamá ha tenido un accidente.

—¿Sí? —chillo—. ¿Qué pasa? ¿Qué ha ocurrido?

—Gracias a Dios. —Exhala—. Estoy en medio de un gran dilema. Estoy frente a Selfridges con cien bolsas y ¡no puedo moverme! Tendrás que venir a ayudarme a llevarlas hasta el tren.

—¿Qué? —siseo en voz baja para que Jackie no escuche—. ¿Me has sacado de una reunión con la junta porque tienes demasiadas bolsas de la compra que llevar a casa? ¿Esa es la emergencia?

—¡Sí! —exclama—. Estoy bloqueada y ¡mamá dice que tengo que estar en casa en una hora! ¡No ha sido hasta que he pasado por la sección de zapatos y me he comprado tres pares de botas cuando me he dado cuenta de que no podía cargar con todo sola! He tenido que pedirle a un guardia de seguridad que me ayudara a llegar hasta la puerta con las bolsas, y lo ha hecho, pero con una actitud atroz considerando todo lo que he comprado, quejándose de que no era parte de su trabajo y...

—Callie —la interrumpo, furiosa—. ¿Te das cuenta de que estoy trabajando? ¡No puedes llamar «emergencia» a uno de tus viajes de compras y exigir que abandone una reunión! Son las diez y media de la mañana de un lunes. ¿Por qué demonios no estás en clase?

—No exageres, tampoco tienes un trabajo importante como Tristan. —Bosteza—. Entonces, ¿cuánto tardarás en llegar?

—Será mejor que reces para que no vaya, Callie. Porque si lo hago, te encontrarás un tacón metido en lo más profundo de tu trasero. ¡Vete a la mierda!

Cuelgo el teléfono de golpe.

Increíble.

Jackie tose a mis espaldas.

Me giro para mirarla.

—Sí que suena como un gran dilema —ronronea—. Pobre, tu hermana.

Le lanzo una mirada venenosa.

—No es parte de tu trabajo escuchar llamadas privadas.

—Y no es parte del tuyo aceptarlas —replica.

—Vuelve a escribir *hashtags*, Jackie.

Pone los ojos en blanco.

—Dudo que sepas siquiera lo que son.

—Sé muy bien cómo se usan. —Tomo un papel de su escritorio y escribo con furia—. ¿Has olvidado que soy la jefa del área de Soporte Informático?

Dejo el papel sobre su teclado.

—Usa esto como *hashtag*, Jackie.

#VETEALAMIERDA